

## Lema: Agua turbia

Autor: Rubén González Jiménez

Primer Premio Certamen Literario-Cuento

Semana de la Lengua 2007

UIPR-Metro

### AQUELLA VEZ CUANDO VI LA CASCADA

Todo comenzó una noche en que leía *Figuraciones en el mes de marzo*. "Vas al Guadalquivir y lo encuentras seco. El Loíza está seco, el Portugués está seco, el Río Yagüez está seco". Luego de leer esas líneas sentí que se me esponjaron los pulmones. "¿Quedará agua en diez décadas?, ¿en diez lustros?, ¿en diez años?, ¿en diez meses? No puede ser, debe de haber, ¿qué demonios estoy pensando? Creo que estoy más neurótico que Eddy Leiseca", cavilaba. Traté de continuar, no obstante, imposible; las interrogantes eran látigos que flagelaban mi cerebro indiscriminadamente. Me estrujaba los ojos y sienes con mis puños tratando de borrarlas. "Continúa leyendo, ya pasará". Pero nada, peor aun, comencé a escuchar una gota de agua que brotaba del grifo en la cocina. Acudí dispuesto a torcerlo —con los dientes de ser necesario— para que la maldita gotera cesara. No vi ni una en diez minutos de observación devota. Aun cuando parpadeaba extendía la palma de mi mano, por si la gota aprovechaba ese microsegundo de ceguera para mortificarme. Intenté retomar la lectura; no pude; sentía que mi garganta estaba sequísima. Quise mojarla con saliva y lo único que probé fue una bocanada del inmundo aire ciudadano. "¡Me asfixio!" Tiré el libro y con él tumbé la lámpara. Corrí de vuelta a la cocina y, frente al refrigerador, con avidez empiné la jarra de agua helada. Involuntariamente me empapé la camisa. En ese momento, el frío y el aturdimiento me hacían dudar: "¿Habré ingerido el agua, o sería absorbida a través de los poros de mi pecho?" Telefoné a mi novia. —*Helio*— dijo, ronco y lento, por lo que miré el reloj y me percaté que eran las dos de la madrugada. Aún así le pregunté con tono de preocupación genuina: "¿Crees que tengamos agua potable en los próximos años?"

— ¡Qué! ¿Sabes la hora que es? ¿Por qué no llamas a tu *madre* y le preguntas?

— ¡Es verdad!, soy un lunático, discúlpame por haberte despertado. — murmuré ruborizado.

Luego de un rato logré calmarme. "No sólo debo dormir, sino más bien hibernar". Fue el primer episodio de neurosis (de muchos que sufrí) antes de que viera la cascada. Al día siguiente para relajarme —siendo el aficionado a la moda que soy— fui al centro comercial. Me acompañó mi novia (que estaba de mejor humor que en la víspera), y en la tienda *Zara* pregunté por lo más reciente. Compré mi pantalón de mezclilla número cincuenta. Ella entraba y salía, a medio vestir, de los probadores; enseñaba su piel satinada que ceñía su figura venusiana, para consultar mi opinión. "¿Como si no luciera deseable con cualquier cosa que vistiera!" Después, ya era costumbre, quiso probar lo nuevo de *Benefit* en una tienda por departamentos. Esa vez me quedé a observar cómo la maquilladora le aplicaba los productos. *Una y otra vez* repetía la importancia de los humectantes para un cutis radiante, lo perjudicial que es la resequedad, que si el cuerpo es setenta y cinco por ciento agua, que si debes tomar el equivalente en onzas de agua a la mitad de tu peso en libras... "Si fueran tan inteligentes, como lo son de hermosas estarían diseñando cohetes en la NASA". Mientras, un agrio eco percutía en mi cabeza: "Setenta y cinco por ciento agua, setenta y cinco por ciento agua..." Recostado de la vitrina, con mis ojos acariciaba la tierna redondez de los pechos de mi novia —los que se pronunciaban

imponentes sobre el escote—, cuando delgadas ramificaciones grisáceas empezaron a cubrirlos. Parecían venas varicosas que se proliferaban incontinentes; con rauda movimiento le cubrieron el torso, los brazos, el cuello, el rostro. Comenzó a resquebrajarse la piel en pequeños rombos que se tornaban negro carmesí. Emanaba desde su interior el ruido del burbujeo de ebullición y, tal como si los succionaran, los ojos se le hundieron en el cráneo. Lo que quedó fue piltrafas de epidermis achicharrada que apenas cubrían el esqueleto en ascuas.

— ¿Qué te pasa?— gritó ella molesta al percatarse de mi mirada de horror. ¿Viste al Diablo? ¡Oye!, ¿qué te pasa?

— ¡No!, mi amor, nada— balbucí nervioso, al ver que sólo había sido otra alucinación. Es que... Ah... Tu hermosura me cautiva. Y recurrí a retazos de mi frustración como poeta:

"Tus ojos son océano como ninguno.  
En la cuna del iris turquesa,  
de azul está la niña princesa,  
que ilumina los dominios de Neptuno".

— ¡Ay, qué Hundo!— le dice a la maquilladora. Por eso lo amo tanto. Me gustó mucho, pero... ¿Qué tiene que ver la tal Iris?

— ¿Neptuno es el dios del amor, verdad?— preguntó la otra *genio*.

— ¡Qué Iris! No hablo de una mujer. Es lenguaje figurado... Me refiero a tus ojos azu... Bueno, sí. Lo que pasa es que según la mitología latina Iris es una mujer de inigualable belleza, con mente de acémila. Tan preciosa como ustedes — repliqué con todo el cinismo posible, y ellas lo aceptaron como un cumplido.

Mi obsesión con el agua —o mejor dicho, por la posible escasez— me llevó a divagar por un mundo de alucinaciones rarísimas. Hubo noches en las que soñaba con olas gigantescas cuyas faldas me succionaban hasta el fondo del océano; en otras, con una encrucijada de ríos de gran cauce y catarata inmensurable, la cual era más estruendosa que mis propios ronquidos. La tribulación me consumía. Renové mi biblioteca; la despojé de los clásicos hispanoamericanos y la atesté de libros de carácter ambientalista. Ahora me ahogaba en los temas del *Science Magazine*, del *Vital signs*, del *Human Development Report*. Libros carentes de la embriagante fantasía literaria, pero llenos de la sofocante realidad del estado del planeta. Fue una época muy difícil de mi vida. Busqué la apacibilidad que perdí con el cambio de literatura, en paseos tierra adentro. Recuerdo la vez que transitaba por la ruta panorámica, en un paseo dominical con mi novia, cuando vi una cascada, muy crecida, que me hipnotizó. "Se parece a la de mis sueños; es impresionante". El agua, al caer, emitía un sonido rítmico que parecía pronunciar mi nombre. Una capa de agua se deslizaba sobre otra, lucían como suspendidas en el aire, como si se congelara el tiempo en intervalos de segundos. El salto de agua se convirtió en un imán de sentidos, que me arrancó las pupilas y el discernimiento. Para mí no existía nada más; olvidé a mi novia, olvidé el puente, olvidé que manejaba. La cascada me llamaba y yo me dejaba arrastrar. Tenía que poseer sus aguas, quería formar parte de ella.

De ese día hasta hoy ocurrieron muchas cosas que no recuerdo. Sin embargo, hice varias cosas que añadieron sentido a la vida superficial que llevaba, y hallé esparcimiento para aquietar

las marejadas de locura que me sacudían. Me mudé a una hacienda en un pueblo de la Cordillera Central, donde recuperé la tranquilidad. La comparto con varias personas, y hemos desarrollado una profunda amistad. También, tenemos personal de servicio doméstico, médicos, actividades grupales, áreas para solazarnos... En fin, no salimos de aquí, lo tenemos todo. Es lo mejor que me ha pasado; aquí siento que puedo ser yo mismo. Converso mucho con James, brillante ingeniero, quien vino a vivir aquí luego de que su empresa se fuera a la quiebra; o con Vesánica (quien estudió biología para complacer a su madre, pues quería que fuera médico), la que llegó después de que la dejaran plantada frente al altar. Muchas veces hablamos en el patio, junto a la fuente central, la cual hace que el sosiego fluya en mí, como el agua fluye en ella. Ya no vivo con la obsesión que una vez casi me cuesta la vida. Tampoco temo a que me falte el preciado líquido, pues he desarrollado un sistema de purificación de agua. Diseñé un destilador a gran escala el cual James forjó con el aluminio que adquirió de unas ventanas; Vesánica se encarga de analizar el agua. Utilizamos el destilador en la noche, cuando todos duermen y la cocina está vacía. Con las hornillas al máximo, colocamos el destilador (es de forma triangular, como techo en dos aguas) encima de un enorme recipiente de metal, donde vierto todo tipo de agua: de la fuente central, del estanque en el patio trasero, del lago, de la lavandería, de las cunetas, de los baños. El agua se evapora y enseguida se condensa en las paredes del destilador, luego se desliza y corre por las canaletas de aluminio. Más tarde la recogemos en cubetas y la vertimos dentro de la cisterna sin que nadie más lo sepa, ya que todos se mostraron un tanto escépticos ante nuestra idea.

Mis familiares apenas me visitan, aunque a decir verdad, no los extraño mucho. Se dedican a criticar mi excentricismo; dicen que ya no soy el mismo, que debo hacer a un lado el ensimismamiento en que vivo y volver a la vida de antes. Insinúan que me extrañan, que vuelva a casa, que el haberme separado abruptamente de mi novia me afectó. Sin embargo, lo que cambió mi vida fue ese libro y sus tajantes líneas: "Vas al Guadalquivir y lo encuentras seco..." Además, no he querido decirles que ella y yo nos seguimos viendo; no les agradaba antes, y mucho menos ahora que la culpan del drástico cambio en mi estilo de vida. Ella viene a menudo, especialmente en la noche, y percibo su olor que me despierta. Siempre luce el trajecito color cielo, mi favorito, pues contrasta con el piélagos que son sus ojos, el mismo que vestía el día en que vi la cascada. En ocasiones hablamos por horas, sin embargo, otras veces llega con el mal humor que la caracteriza y viene a atormentarme. Trae consigo un frío invernal que me atraviesa la carne y me llega hasta el tuétano. Llega desaliñada, luce muy pálida, casi translúcida, y sus ojeras lóbregas no me permiten ver sus ojos. Sólo se queda ahí, parece levitar, extiende su mano, y emite un ruido estridente que me hace sangrar la nariz. Es cuando me desespero y comienzo a gritar y a tirar todo lo que esté a mi paso. Los domésticos de la hacienda llegan de inmediato. Son muy dedicados a su trabajo; saben que deben llevarme a mi cuarto predilecto. Es blanco impecable y tan apacible, que creo flotar en las nubes. Me gusta ir ahí porque estoy solo, y a veces permanezco en él largas horas. A mi lugar favorito —siendo el aficionado a la moda que soy— visto mi chaqueta preferida, por supuesto. Es blanca con correas de piel y, como es muy difícil de poner, tienen que ayudarme cuatro o cinco de los domésticos. Y me voy al cuarto, a desquitarme la furia que sólo mi novia sabe causar en mí, hasta que me venza la fatiga.